



X.

LA MADRE Y LA HIJA.

**L**A señora de Llanoverde no descendía jamás de las altas regiones de su noble estirpe... En todos los momentos de su vida era la gran señora, elevada sobre el resto de los simples mortales por un privilegio particular de su sangre. Siempre estaba en escena, y, digámoslo así, la corona y el manto no se caían nunca, ni de su cabeza, ni de sus hombros; ni para dormir se descalzaba el coturno de su jerarquía.

Sentada de noche en su gran sitial, como una reina en su trono, esperaba majestuosamente, dispuesta á recibir los homenajes de sus vasallos. Mas en aquellos tiempos, los reyes empezaban ya á estar muy en baja, y la corte de la señora de Llanoverde se hallaba habitualmente

reducida á tres personas: el socarrón del Escribano, el matasanos del Médico y el mostrenco del Boticario.

Como se ve, la corte se componía de lo que podemos llamar la aristocracia de la aldea. No eran, en verdad, muchos los cortesanos que acudían al palacio de la señora de Llanoverde; pero no dejaban de ser escogidos, y, sea como quiera, ella los recibía con la misma majestad que si hubiesen sido tres embajadores extraordinarios de tres testas coronadas. Se erguía tres veces sobre el sitial, y contestaba al saludo de sus palaciegos con tres sonrisas, con las tres sonrisas más desdeñosas de su escaso repertorio.

Á pesar de la actitud ceremoniosa de la señora de Llanoverde, el cuadro que presentaba la familia no dejaba de ser un cuadro casero de costumbres reposadas y tranquilas. Allí todo estaba en su sitio, y pronto se advertía que nada alteraba en aquella casa la regularidad de la vida. Todos los días eran allí iguales; todo se hacía á las mismas horas, del mismo modo; siempre las mismas conversaciones, y aun se puede decir que se repetían con las mismas palabras.

En la noche en que nos encontramos, la señora ocupaba su sitial, más seria y más erguida que nunca. Sin duda se hallaba en un acceso de dignidad nobiliaria, y, elevándose á la altura de sus humos aristocráticos, veía el mundo rodar

bajo sus plantas. Sentada á sus pies, hojeaba Eugenia, con ojos distraídos, un volumen, encuadernado en pergamino, que contenía las *Aventuras de Gil Blas de Santillana*. Á la izquierda, si se me permite decirlo así, del trono, en el ángulo de la habitación y sentada en un taburete, Bernarda hacía labor. De vez en cuando levantaba la cabeza y dirigía una mirada apacible, dejando ver en ella la paz de los ángeles. Después se quedaba pensativa, se enristecía su semblante, é inclinándose sobre sus rodillas, volvía de nuevo al afán de su tarea.

Entre tanto la señora bostezaba regiamente; su hija lanzaba miradas oblicuas, mientras el señor de Llanoverde se paseaba de un extremo á otro de la estancia, esperando á los tres cortesanos que habían de hacerle la partida de tresillo.

En cada una de estas personas se traslucía la situación particular de ánimo en que se encontraban.

La gran señora no ocultaba el casi augusto fastidio que la devoraba.

Su hija descubría sin querer que alguna inquietud misteriosa se agitaba en su pecho.

*Rayo de sol* brillaba con la claridad triste con que brilla la aurora en los cielos nublados.

Y el señor de Llanoverde era todo impaciencia.

En el hueco de la escalera resonaron los tri-

ples pasos de los tres palaciegos, y se oyó el rumor de tres voces que hablaban á un mismo tiempo.

—Ellos son,—dijo el señor de Llanoverde deteniéndose.

—¡Oh!— exclamó su mujer con un gran bostezo.

Eugenia lanzó sus ojos inquietos hacia la puerta, y *Rayo de sol* detuvo su costura, cruzó las manos sobre el pecho, y se quedó pensativa.

La voz del Escribano sonó en la antesala, diciendo:

—Compañeros, yo aquí dejo mi capa, en el sitio de todas las noches, para que no se me traspapele, porque una buena capa todo lo tapa.

Y seguido del Médico y del Boticario, entró en la sala como Pedro por su calle....

En cuanto puso los pies en la estancia, se inclinó, haciendo profunda cortesía, y se dirigió á la señora de la casa. Ésta lo recibió elevando el labio inferior y mirando al techo.... y el Escribano volvió á inclinarse, diciendo:

—Sentiría, señora, haber interrumpido su sueño; pero ¿qué hacer?... ¿Había de sentarme á jugar sin tener el honor de saludarla?....

—No estaba dormida,—le contestó secamente.

—¿No? (preguntó el Escribano, inclinándose por tercera vez.) Perdone V. mi torpeza; pero juraría que tenía V. los ojos cerrados.

—No (replicó ella); los tengo siempre muy abiertos.

—¡Ea, señores (exclamó Llanoverde); la mesa está dispuesta, y las cartas esperan!

—Las cartas (repitió el Escribano, dirigiéndose á la mesa) me son favorables, y esta noche no se escapan Vds. sin una *bola*; vengo resuelto á jugar el todo por el todo.

El Boticario comenzó á repartir naipes, mientras el señor de Llanoverde se atascaba las narices de tabaco, y el Médico, como él mismo decía, le tomaba el pulso al juego.

En cuanto empezó la partida, la señora de la casa cerró los ojos, simplemente porque no quería ver el cuadro que tenía delante.... ¡Ella, que soñaba con las grandezas de la corte, verse reducida á la pequeñez de aquella tertulia!....

Cerró los ojos, y, quieras que no quieras, haciendo sus castillos en el aire, se quedó dormida. Era el mejor modo de sustraerse al martirio á que su marido la sujetaba en el sepulcro de aquella casa. Al mismo tiempo, podía abandonarse á sus más risueñas ilusiones. Al través de los párpados cerrados, podía ver lo que deseaba. La corte.... La corte; ese era el centro de sus pensamientos.... Allí había brillado en su juventud.... La corte estaba para ella llena de halagüenos recuerdos.... y, aunque ciertamente no era la mujer más feliz del mundo, se complacía en

pensar que allí había hecho la conquista del señor de Llanoverde. ¡Qué hubiera sido de ella, encerrada en una aldea!....

Eugenia, con el libro delante, levantaba de vez en cuando los ojos, y espía el sueño de su madre, como si quisiera asegurarse de que dormía. La respiración algo ruidosa de la señora de Llanoverde le aseguró de que se hallaba sumergida en las profundidades de un sueño delicioso.... Entonces dejó en el suelo el libro que tenía en la mano, y se deslizó silenciosamente, saliendo de la estancia sin que nadie la viera.

Sin embargo, *Rayo de sol* la siguió con los ojos, y al verla desaparecer, se quedó con la vista clavada en la puerta. Una nube de tristeza pasó por su frente, tristeza luminosa, semejante á la que debe cubrir el rostro de los ángeles ante las miserias de los hombres.

Los jugadores seguían embebecidos en los accidentes del juego, disputando, ganando y perdiendo. La baraja, como un oráculo, dictaba á su capricho sentencias favorables ó adversas. Fuera de aquel mundo de la *espada*, la *mala* y el *basto*, nada veían, porque en aquel momento el mundo estaba demás para ellos. La señora de Llanoverde continuaba dormida, probablemente soñando en las delicias de la corte, y, si estaba allí, no había de ser muy fácil sacarla de la gloria de su sueño. No debía ser la primera vez que

su imaginación complaciente le presentaba la perspectiva de una boda ilustre. ¡Cuántas veces habría visto en sueños casada á su hija.... ¿quién sabe?, con el mismo Emperador de la China! Al despertar era el morir; pero ¡bah!.... mientras soñaba vivía.

Ello es que los dos amores dorados que, sosteniendo una corona de flores, formaban el remate tallado del alto respaldo del sitial en que dormía, movidos por las oscilaciones de la lámpara que alumbraba la estancia, parecía que agitaban los brazos sobre su cabeza, y poniéndose los dedos en sus bocas risueñas, para imponerse mutuamente silencio, echaban sobre la frente de la noble señora un velo semejante á una sombra.

Después de algún tiempo, volvió á aparecer Eugenia en el dintel de la puerta; sus miradas recelosas sondearon la estancia, y se adelantó silenciosa.

*Rayo de sol* volvió la cabeza, y los ojos de las dos primas se encontraron. Adelantóse la primera hasta llegar al asiento que antes ocupaba junto á su madre; se colocó en la misma posición en que la hemos visto, y volvió á tomar el libro, abriéndolo por la misma página en que lo había dejado. Nadie diría que durante el sueño de la señora de Llanoverde su hija se había movido de su lado.

La luz de la lámpara vaciló dentro del vaso

de cristal en que estaba contenida, arrojando sobre las paredes, alternativamente, resplandores fugitivos y sombras pasajeras, que se sucedían como relámpagos. Los muebles, repentinamente animados, oscilaban también, saltando sobre sí mismos; el lecho daba vueltas alrededor de la lámpara, y del pavimento, que se balanceaba como si estuviese suspendido en el aire, surgían visiones informes, que se disipaban para volver de nuevo.

Era una lucha trabada entre la muerte y la vida, entre la realidad y la fantasía, entre la luz y las tinieblas.

Y en medio del caos silencioso que flotaba sobre su cabeza, la señora de Llanoverde soñaba, los ojos de Eugenia brillaban iluminados por reflejos siniestros, y la frente de Bernarda resplandecía como su nombre, esto es, como un rayo de sol en el seno de una nube.



## XI.

## VISIONES.

**P**OR lo común la naturaleza, indiferente á las agitaciones de la vida humana, no suele alterarse ni conmoverse por nuestras miserias; nos mira sin interés y sin curiosidad, como si estuviera en el secreto de nuestras desdichas y muy acostumbrada al espectáculo que le ofrecemos. Ciertó; pero alguna vez parece que sale de su cruel indiferencia y que toma parte en nuestras alegrías y en nuestras tristezas.

Los vecinos de la aldea, metidos en sus casas desde el toque de Ánimas, no podían observar el aspecto que la noche presentaba; mas, reunidas las familias alrededor de la lumbre bajo la campana del hogar, oían el rumor del viento que silbaba en las copas de los árboles, bramaba al rasgarse en los aleros de los tejados, ó gemía

al escaparse por los huecos de las chimeneas. Á lo mejor se deshacía en lamentos ó prorumpía en tremendas carcajadas. Lloraba y reía al mismo tiempo, sacudía las ventanas, golpeaba las puertas, no se atrevía el humo á salir de las casas, y las luces se apagaban sin que nadie les soprase.

Esto era de puertas adentro; de puertas afuera, la noche no parecía menos tenebrosa. Grandes nubarrones oscurecían el cielo, dejando ver en sus senos desgarrados la claridad de las estrellas, dudosa y lejana, como si en aquella hora estuviese el cielo más lejos que nunca de la tierra. El paisaje resultaba borrado por la oscuridad y como sumergido en un mar de sombras.

Cada hijo de vecino había buscado refugio en su casa, y las calles que formaban las casas de la aldea se hallaban desiertas; no transitaba por ellas alma viviente. Sí; buena estaba la noche para pasarla al raso.

Los señores de Llanoverde dormían á pierna suelta, mientras el viento bramaba alrededor del edificio, dando vueltas como un torbellino. La campana del reloj acababa de dar la una, lanzando al aire un gemido atribulador, que devoró el silencio de la noche. Era la hora de las apariciones, el momento pavoroso en que los espectros se levantan sobre sus sepulcros y echan, digámoslo así, una ojeada sobre este mundo de

ambiciones y de lágrimas, de angustias y de placeres. La hora solitaria en que las casas se cierran y las sepulturas se abren, en que los vivos duermen y los muertos despiertan. Hora misteriosa en que la vida descansa y la muerte vigila.

Á la luz de la lamparilla que iluminaba pálidamente la habitación en que dormía el señor de Llanoverde, se distinguía una figura humana, inclinada sobre la cabecera de la cama. Parecía que espiaba los movimientos del sueño, que contaba las respiraciones, que esperaba un momento favorable para ejecutar sus ocultos designios. Había algo en su actitud de la fiera que se dispone á lanzarse sobre su presa; pero la presa permanecía inmóvil, sumergida en las últimas profundidades del sueño. La figura hizo un movimiento de impaciencia, y, acercando la boca al oído del señor de Llanoverde, dijo con voz apagada:

—¡Señor!....

La respuesta fué un ronquido que hizo temblar la cama.

Esperó algunos instantes, y al fin se decidió á tomar otra resolución más decisiva. Levantó cautelosamente el brazo, y puso la mano sobre el hombro del señor de Llanoverde. Éste, como movido por un resorte, dió un salto en la cama, quedando sentado en ella, y haciendo retroceder al que acababa de despertarlo: ambos se queda-

ron mirando con la misma admiración y el mismo asombro. Habría sido difícil averiguar, por la expresión de los semblantes, cuál de los dos era el más sorprendido.

El señor de Llanoverde se restregó los ojos, y apretando los puños como si quisiera contener la cólera repentina de que se hallaba poseído, prorumpió, diciendo:

—¡Bravo.... señor Martín.... bravo!.... ¿Le parece á V. hazaña digna de premio haber venido á despertarme?

—¡Señor!....—exclamó Martín, con rostro atribulado.

—¡Treinta años á mi servicio.... treinta años al servicio del señor de Llanoverde, es un honor que se paga de esta manera! ¿No sabes, bribón, que mi sueño es inviolable?....

Al pronunciar las últimas palabras se echó fuera de la cama, en ademán de hacer un ejemplar castigo: Martín retrocedió algunos pasos, exclamando:

—¡Señor!.... Es.... que....

—¿Qué? (le preguntó su señor.) Vamos, ¿qué?....

Y se cruzó de brazos, dispuesto á agotar toda su paciencia.

El criado se rascó la frente, arqueó las cejas, y, como quien al fin echa por medio, exclamó:

—¡Señor!.... ¡el fantasma!

El señor de Llanoverde alzó el puño para dejarlo caer sobre la cabeza de su criado; pero se contuvo, y, cambiando de tono, le dijo:

—Martín, vete á dormir; estás borracho.

—Señor, lo he visto (replicó). No sé por dónde ha podido penetrar en la casa, pero juro que lo he visto escurrirse por el corredor grande. No es una sombra blanca, como dicen las gentes de la aldea.... Es una sombra negra como boca de lobo: lleva una capa que cruje como si fuese de seda.... Aún me tiemblan las piernas.... Es un fantasma que parece un hombre.

—¡Un hombre en mi casa!—gritó la señora de Llanoverde, saliendo de su dormitorio. ¿No es eso lo que acabo de oír?....

—Eso, señora; eso es lo que dice ese imbécil.

—Este imbécil (replicó Martín), eso dice, eso: dice que el fantasma le ha tenido miedo á la noche, y se ha metido en la casa. Yo lo he visto por el corredor grande, con estos ojos que se ha de comer la tierra.

—Y bien, caballero (dijo la señora de Llanoverde, dirigiéndose á su marido): ¿qué piensa V. de esto?....

—Pienso (le contestó), que este tunante está viendo visiones.

—Ahora (replicó Martín) no veo más que á los señores; pero antes lo he visto. ¡Cuando yo digo que lo he visto!....

—¿Dónde? —le preguntó la señora.

—En el corredor largo.

—¿En qué dirección?

—¿En qué dirección?... Así como á la mano derecha, como si saliese del salón de los retratos.

—Vamos allá, —dijo la señora, dando un paso hacia la puerta que comunicaba con el salón.

Martín cogió la lamparilla, y los tres salieron á la habitación inmediata, pasaron á otra, y después penetraron en el salón de los retratos. Una misma exclamación se escapó de las tres bocas. Lo que estaban viendo era verdaderamente diabólico, y no acertaban á dar crédito á sus propios sentidos. Mirábanse unos á otros, con esa expresión estúpida que produce el colmo del asombro. Verdaderamente lo que veían era inaudito: todos los retratos habían desaparecido de los marcos en que estaban contenidos. Los marcos estaban allí, en sus sitios, como nichos vacíos. ¿Cómo habían huído las imágenes de aquella gloriosa ascendencia?...

Pasado el estupor del primer momento, observaron con ojos atónitos que los cuadros se hallaban vueltos del revés.

—¡Por aquí ha pasado algún espíritu maligno (gritó el señor de Llanoverde), porque ningún hombre se hubiese atrevido á hacer este ultraje á la gloria de mi stirpe!

Y dirigiéndose á su mujer, añadió, cruzándose de brazos:

—Y bien, señora: ¿qué piensa V. de todo esto?

Ella movió la cabeza en ademán reflexivo.

—Pienso (dijo) que Bernarda no pasa la noche entera en su cuarto.

—¡Desatino!... ¿Había de ser ella la autora de este insulto?

—Ella (contestó la señora de Llanoverde). Ella y su cómplice. ¡Ah! Lo temía: al fin hija de su madre...

—¿Es posible que esa bella criatura tenga cómplices en el otro mundo?...

—No (le replicó); pero puede tenerlos en éste.

—Explicate (le dijo el señor de Llanoverde), si es que hemos de entenderte.

—¿Necesitas más explicaciones?... Pues bien: en tu casa se ha introducido furtivamente un hombre que se burla de tu noble ascendencia. Somos víctimas de un amor culpable.... ¿Qué más quieres saber?...

—¡Que se tomen todas las puertas! (gritó el señor de Llanoverde). Es preciso que no se escape.... Hombre ó fantasma, va á saber cómo se pagan las ofensas hechas al honor de mi linaje.... ¡Ea! Salgamos de aquí. Hay que registrar toda la casa. El corredor largo será el centro de las operaciones.



La voz con que pronunció estas palabras retumbó en el salón, y el eco la fué repitiendo por los cuatro ángulos del edificio.

— Esperad, esperad un momento (añadió).  
Mi caja.... mi caja de rapé....

— ¡ Mi espada! (exclamó la señora de Llanoverde). Mi espada, debieras decir.

Salieron del salón por la puerta principal, registraron la escalera, bajaron al zaguán, y encontraron la gran puerta perfectamente cerrada; examinaron la planta baja del edificio, sin encontrar ni rastro del fantasma que perseguían, y por una escalera de caracol subieron al corredor largo.

Martín llevaba la lámpara, y marchaba delante, volviendo de vez en cuando la cabeza, temeroso de encontrarse solo, y porque los pasos que lo seguían no le parecían siempre pasos humanos.

Al entrar en la galería llamada el corredor largo, que dividía la casa en dos partes iguales, conduciendo por uno y otro extremo á los dos torreones que atestiguaban la respetable antigüedad del edificio, Martín exhaló un grito, y la lámpara se escapó de sus manos, rompiéndose sobre las baldosas del pavimento y dejándolos á oscuras.

— ¡ Otra vez! — dijo con voz temblorosa.

— ¿ Otra vez qué? — preguntaron á la vez los señores de Llanoverde.

— Otra vez el fantasma.

— ¿ Por dónde? — volvieron á preguntarle.

— Por allí (contestó Martín con voz agitada). Por el extremo del corredor que va al torreón deshabitado. Lo he visto muy bien: es una sombra que alumbra: parece una nube que relampaguea.

¿ Era el miedo de Martín el que hablaba? No; porque en medio de las tinieblas en que se encontraban los tres, vieron en el extremo del corredor una claridad inexplicable que ondulaba, semejante al reflejo de la luz en un cristal que se mueve. Era un rastro luminoso que el fantasma dejaba en pos de sí, como la huella de un rayo de sol perdido en las oscuridades de las nubes.

— ¡ Adelante! — gritó el señor de Llanoverde; pero ninguno se movió del sitio en que estaba.

Y los tres, cegados por la oscuridad, agitaban los brazos buscándose, sin poder encontrarse.





XII.

LA FUGA.



ROBABLEMENTE los hubiera sorprendido el día en medio del corredor, buscándose y sin en contrarse, si el señor de Llanoverde no hubiera apelado al recurso de dar grandes voces, llamando á los demás criados de la casa, que al fin se despertaron, y corriendo unos por un lado y otros por otro, acudieron con luces al lugar de la escena.... Mirábanse los que acababan de llegar con ojos asombrados, sin acertar á darse cuenta de lo que ocurría. Y la cosa debía ser tremenda, porque los semblantes de los señores, y principalmente el de Martín, expresaban un terror indecible....

Martín fué el primero que rompió el silencio, exclamando:

—¡El fantasma!....

Hubo un movimiento de espanto entre los cir-

cunstantes, y Martín, sentado á la puerta del torreón deshabitado, donde había muerto la madre de Bernarda, añadió:

—Allí... por aquella puerta ha desaparecido.

—Hombre ó fantasma (dijo el señor de Llanoverde), es nuestro; por esas habitaciones no hay salida. Ó vuela como los murciélagos, ó no tiene escape... ¡Ea; adelante!

Todos se miraron, pero ninguno se movió.

—¡Miedo! (exclamó.) ¡Quién es capaz de tener miedo en la casa de los señores de Llanoverde!...

Á estas palabras, los dos más valientes se adelantaron, y los demás los siguieron.

Delante de la habitación en que había muerto Magdalena se encontraron detenidos, porque la puerta estaba cerrada, cerrada por dentro. Era evidente que el fantasma se había parapetado en aquella habitación cerrándoles el paso, y resuelto á vender cara su vida.

—¡Llamad!—gritó la señora de Llanoverde.

Uno se atrevió, y dió un golpe con la mano en el tablero de la puerta; mas el golpe se ahogó en la madera, ni más ni menos que si hubieran golpeado la losa de un sepulcro. Nadie respondió; ni siquiera el eco.

—¡Hola! (dijo el señor de Llanoverde.) Ni contesta, ni abre... Se hace el sueco. Pues bien: ya verá que á un hombre de mi raza no se le da

fácilmente con la puerta en las narices. Esas cuatro tablas que nos cierran el paso no son tan fuertes que se atrevan á resistirnos, y saltarán hechas astillas sólo con que los dos más robustos le apliquen á un tiempo las plantas de los pies, como pudieran hacerlo dos catapultas... Vamos á ver: ¡á la una... á las dos... á las tres!

El doble golpe cayó sobre la puerta, sin conseguir estremecerla. El efecto fué igual á si hubieran dado el tremendo empuje de los pies sobre la sólida fábrica del muro.

Semejante resistencia aumentó el pavor de que se hallaban poseídos. Á sus ojos atónitos, la puerta se convertía en piedra, y la frágil tabla en una roca. Se hacía preciso creer que dentro del torreón se ocultaba un poder sobrehumano.

Los señores de Llanoverde se miraron asombrados, y empezaban á advertir que la broma era demasiado pesada; más bien, demasiado inexplicable.

Quedaban dos recursos: uno, atacar el torreón por la parte exterior de la casa y escalar las ventanas. Dos dificultades salían al paso: primera, que las ventanas podían ofrecer la tenaz resistencia que ofrecía la puerta; y segunda, que ninguno de los circunstantes se atrevería á dar el asalto. El segundo recurso era más aceptable, y consistía en bloquear el torreón por dentro y por fuera de la casa, como quien dice por mar

y tierra, y esperar, arma al brazo, la luz del día, teniendo al fantasma sitiado por hambre.

Este proyecto fué acogido por unanimidad, y el señor de Llanoverde comenzó á dictar las disposiciones necesarias para establecer un bloqueo riguroso, del que no debían escaparse ni las ratas.

Mas un nuevo incidente detuvo la ejecución del plan. Las junturas de las maderas se iluminaron súbitamente, crujió la puerta súbitamente, y comenzó á abrirse súbitamente, movida por una mano invisible. Todas las miradas se lanzaron dentro de la habitación; mas los ojos, deslumbrados por la claridad, nada pudieron distinguir, porque la nube resplandeciente que invadía la estancia arrojaba sobre sus rostros un velo de luz. Poco á poco se fué mitigando la claridad y disipándose la nube, y en el colmo de la admiración, poseídos de un estupor indecible, vieron en el fondo del cuarto la figura de Bernarda, de rodillas en el mismo sitio en que había espirado su madre. Sus rubios cabellos, encendidos por aquella misteriosa claridad, brillaban con los vagos resplandores de la aurora. Con los brazos tendidos hacia el cielo.... parecía absorta en la extática contemplación de una visión inefable.... Los ojos fijos.... la boca entreabierta.... podía decirse que sonreía y lloraba al mismo tiempo.

Los que presenciaban esta escena se quedaron

inmóviles y mudos, sin acción, sin voz y sin palabra. Diríase que la vida material se hallaba en ellos suspendida; lo que estaban viendo no lo percibían con los ojos mortales, lo veían más bien con los ojos del alma.

¿Cuánto tiempo permanecieron de esta manera? Jamás supieron decirlo.

Al fin, el resplandor misterioso se fué disipando; Bernarda cogió la lámpara que ardía dulcemente junto á ella, se puso de pie, y salió de la estancia.

Pasó por en medio de todos, sin reparar en ninguno; en el hermoso azul de sus ojos no había miradas humanas; llenos todavía de la visión celestial que antes contemplaba, no tenían nada que ver en la tierra; su espíritu se hallaba en aquel momento muy lejos de este mundo.

Con paso lento se adelantó, llevando en la blancura de su rostro la pureza del alma, y fué á perderse en el extremo opuesto del corredor largo.

Quando los señores de Llanoverde pudieron darse cuenta de lo que pasaba, la luz del día, que empezaba á clarear, se cernía dulcemente por los vidrios de colores que cubrían los huecos rasgados de las ventanas del corredor, momento en que el robusto aldabón de la gran puerta resonó con repetidos golpes.

—Abrid (dijo el señor de Llanoverde). Abrid...

La visita es bastante intempestiva; pero casualmente nos hallamos de pie para recibirla.

Dos criados corrieron maquinalmente al zaguán, y abrieron.

La voz del Escribano resonó en el hueco de la escalera, gritando:

—¡No hay que detenerme; necesito ver á los señores en este momento!

Los señores acudieron á estas voces, sin saber lo que se hacían, y al verlos el Escribano, prorumpió, diciendo:

—¡Desolación!.... ¡Desolación!.... ¡Han huído.... los dos; los dos han huído!

—¿Quién?—preguntó aterrada la señora de Llanoverde.

—¡Quién! (exclamó el Escribano.) ¡Friole-  
ra!.... ¡Oh! La tenían muy bien urdida.... ¡Mi  
hijo!.... ¡quién lo había de creer!.... ¡Ella!....  
¡quién lo había de pensar!.... Se amaban, seño-  
ra; el amor rompe por cualquier parte.... Vds.  
no hubieran consentido nunca en unirlos.... y  
se han fugado.

En lo que decía el Escribano no había nada de sobrenatural; pero sus palabras eran para los señores de Llanoverde tan terribles como la sombra del fantasma.

—¿Y qué se ha de hacer ya? (siguió diciendo.)  
La cosa es clara como la luz del día que nos  
alumbra. De la ventana, de par en par abierta,

cuelga todavía una carta escrita, que dice claramente: la señorita de Llanoverde se ha fugado con el hijo del Escribano.... ¡Ah, señores! Es la cosa más natural del mundo; pero yo me lavo las manos.

—¡Mi hija!.... (exclamó la señora, apoyándose en el pasamano de la escalera para poder sostenerse.) Juro que no es mi hija. La rechazo, la desheredo.

—¡Imposible! (replicó el Escribano.) Es *beredero forzoso*.

—Pues entonces (añadió ella), la mal.... di....

El señor de Llanoverde le puso la mano en la boca, ahogando en sus labios la palabra, diciéndole al mismo tiempo:

—¡Infeliz!.... ¡Es tu hija, que venga á tu hermana!

—Es vuestra obra.... (le contestó, dando salida por los ojos á toda su cólera). Vuestra obra.... ¡Qué había de hacer encerrada en este sepulcro!

—No (le dijo el señor de Llanoverde). Es castigo.... No podemos ni desheredarla.... Un hijo llevaría mi nombre; tu hija llevará el nombre del Escribano.... En cuanto á mí, soy el último vástago de mi stirpe.

Y diciendo esto, irguió la cabeza, se encogió de hombros, y les volvió la espalda.



DOS MUERTOS VIVOS

TOMO VI.

15